

se hacían demasiado apremiantes las reclamaciones sobre cualquier otro negocio.

Estas discusiones sobre matrimonios, que no había intención de realizar, son frecuentes en la narración y reaparecerán todavía. Créase en aquella época que los enlaces entre las familias reinantes aseguraban las alianzas de las naciones, sin notar que la joven princesa, ó no figuraba en su nueva corte, ó había de participar de las pasiones y preocupaciones de su segunda patria. Con esto se complacían en tenderse lazos, en romper matrimonios proyectados, en convertir en juegos de ingenio y destreza estas cuestiones de enlaces. Felipe y Catalina eran los dos para en uno; eran igualmente ingeniosos en lo de transformar su correspondencia en una serie de enigmas sobre casamientos, como puede verse en esta pesada carta de Catalina á su yerno (1): «Mi señor hijo, he querido escribir estas cuatro palabras de carta á V. M., como á quien he querido siempre comunicar todas las cosas que nos interesan á mí y á mis hijos, dando por cierto que V. M. me dirá y aconsejará, según el amor que es servido de tenernos á ellos y á mí, sabiendo que nadie ama ni desea más su contento y su grandeza... El embajador está encargado de hablarle de mi parte, y le suplico lo oiga como acostumbra.»

Felipe gusta de esta charla, y gozoso de haber adivinado, anota de su puño y letra: «Estoy en que se trata del casamiento de la hija del rey de los romanos: tómese tiempo para responder.»

La posta de esta partida que Felipe quería jugar tan lentamente y cuyas combinaciones cambiaba hábilmente Catalina, no era sino el reino de Escocia; y Catalina estaba demasiado interesada en que no pasara á manos de su adversario para no hablar claramente á Isabel y á su embajador. «La reina católica y yo, escribe este último (2), hemos tenido dificultad en penetrar por todos los medios en el secreto del matrimonio de la reina de Escocia con el príncipe de España.» Estos medios eran audaces, no se disimula, «habiendo tenido la reina que sondear mucho tiempo al confesor.» Además del confesor del rey, se hizo también hablar á su favorito, porque era preciso «tantear por todas partes lo que podía ser.» Estas confidencias, arrancadas en secreto al confesor y al príncipe de Eboli, daban muy exactamente el pensamiento del rey, tal como lo indican en los años siguientes su

(1) Ms. Arch. nac. K, 1501, pieza 76.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 22.

conducta y sus escritos, lo que no deja de parecer harto curioso en aquella silenciosa corte donde era señal de dignidad la reserva tenebrosa. Era cierto, había dicho el de Eboli á nuestro embajador, que M. M. de Guisa habían puesto en términos por sí mismos este casamiento del príncipe de España con la reina de Escocia, y que el cardenal de Lorena enviaba con frecuencia al rey cartas que no se comunicaban ni á la reina ni al favorito. Hasta se supo (3) que no entraba en la intención de Felipe llevar á cabo este casamiento, sino que sólo se proponía con tales apariencias alejar ó interrumpir las pretensiones del archiduque por parecerle el reino de Escocia muy á la mano de los de una casa tan poderosa para pedir luego y continuar sus pretensiones á los Países Bajos.

Con esto, ofrecida por sus tíos al príncipe Don Carlos y al archiduque Carlos de Austria, la reina de Escocia era combatida en España por Catalina, y en Austria por Felipe II: no recibía negativas absolutas por el temor de que apartando á uno de los pretendientes no quedara bien seguro el otro; pero la joven reina viene á ser como el blanco de todos los tiros. Además de sus dos enemigas, Catalina de Médicis é Isabel de Inglaterra, tiene también en contra al duque de Alba, que refiere al rey, para despertar su antiguo odio á los Guisas (4), que muchas veces, hablando con el condestable, lo había oído renegar por haber aprobado el casamiento con Francisco II, que había asegurado tal autoridad á la casa de Guisa; y añade que este recuerdo hacía imposible un matrimonio entre María Estuardo y Carlos IX, y que no hay para qué ocuparse en impedirlo haciendo creer intenciones respecto á Don Carlos. Pero al mismo tiempo suscita el temor de las mismas influencias. ¿Se va á introducir en medio de las austeridades y enojos de la corte á una reina acostumbrada á las fiestas, á los torneos, á las galanterías y rodeada de una familia ambiciosa? Felipe no lo consentiría (5); sin embargo, está tentado á ello por las perspectivas desplegadas á su vista. Es acercarse á la soberanía del mundo anexionar á sus Estados los reinos de Escocia, Inglaterra é Irlanda: María Estuardo tiene doscientos mil ducados de renta y ochocientos mil de joyas (6). Sería camino derecho para la monar-

(3) Ms. Bibl. nac., fol. 31.

(4) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 493. El duque de Alba al rey, del 21 de oct. de 1563.

(5) Carta de Saint Sulpice del 31 diciembre 1564.

(6) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 451, el obispo de Aquila al conde de Luna, 17 de julio 1563. «Si S. M. quisiese atender á ese casa-

quía universal: se le dice así; se escribe á Granvela (1), se hace que se le repita Don Carlos (2): este matrimonio sería útil para tener sujeta á la reina de Inglaterra y á sus súbditos, y tener por este medio un buen pié en la isla. «para reducirla un día, de grado ó por fuerza, á la obediencia de la Iglesia, y que la dicha reina de Escocia tenía tan buenas pretensiones en Inglaterra que el partido podría ser mucho mayor en el porvenir.» María Estuardo, por su parte, prefiere al príncipe Don Carlos á los demás pretendientes (3); pero Felipe rehuye la decisión, y el cardenal de Lorena abandona á su sobrina, después de haberla empeñado en tan complicadas negociaciones; y temiendo verse despojado en Francia de sus numerosos beneficios, no se atreve ya á ocuparse en las negociaciones que ha abierto con temeraria ligereza (4). Una villanía más cruel se había preparado contra María Estuardo: un caballero francés refugiado en Escocia á consecuencia de un homicidio, y acogido por ella, hubo de deslizarse un día en la real cámara y aun ocultarse debajo de la cama; fué sorprendido aquí mientras la reina se desnudaba en su gabinete y expulsado como un loco. María Estuardo no supo nada de esto hasta la mañana siguiente; y, suponiendo que se había enviado al tal francés con la misión de comprometerla para impedir su casamiento, mandó prenderlo y decapitarlo públicamente (5).

Tal odio y tales y tantas intrigas contra esta mujer indignan, y ante esta conjuración llega uno á olvidar el interés que teníamos en que no llevara á España sus derechos sobre Escocia é Inglaterra; quisiera uno que el destino de aquella reina encantadora se hubiera conjurado con un casamiento digno de su alma. Es un consuelo en las amarguras de la vida el espectáculo de

miento, demás de dar á su hijo una tal mujer, casi le venía á hacer monarca con añadir á sus Estados aquellos reinos de Escocia, Inglaterra é Irlanda, la posesión de los cuales se le daría sin ninguna dificultad por la grande inclinación que los católicos tenían á este casamiento y á la conjunción de aquellas coronas.»

(1) *Ibid.* El obispo de Aquila á Granvela. «Sería camino derecho para la monarquía.» *Monarquía* es la dominación universal: el contemporáneo Uberto Foglietta, p. 147, la explica así, «volendo dire: monarca unico signore del mundo.»

(2) Carta de Saint Sulpice del 11 agosto 1565.

(3) El obispo de Aquila al rey, carta del 27 enero 1562, citada por Mignet, *María Estuardo*, tom. I, pág. 150.

(4) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 450, el obispo de Aquila al conde de Luna. Cartas del 26 de junio y 17 de julio de 1563. «Como el cardenal tiene temor de perder los beneficios que tiene en Francia.»

(5) Ms. Arch. nac., K. 1500, pieza 64, Chantonnay al rey, 3 mayo de 1563. «De baxo de la cama, y estando ella en su gabinete desnudándose... atribuyendo el hecho á locura, mas que á otra cosa, y no dixerón nada á la reina hasta otro día por la mañana, la cual se enojó de que hubiesen soldado al gentil-hombre, porque ella por su honra no quisiera que esto pasara en disimulación.» Sábase que este desgraciado era nieto del caballero Bayardo.

una mujer dotada de todas las prendas, que se sustrae á la inevitable adversidad. Pero un enlace con Don Carlos, de quien hablaremos más adelante, hubiera sido la peor desgracia: más valían el miserable Darnley y el infame Bothwell, y la larguísima agonía de las prisiones, y el poético martirio de Fotheringay. El corazón de María Estuardo era jengañosa ilusión de la falsa habilidad! lo que defendía Catalina, cuando multiplicaba los obstáculos para su casamiento con Don Carlos.

Por lo que toca á Felipe II, nunca vió más que un juego en estas transacciones: fingió al fin decidirse y aun dirigió á su embajador en Inglaterra instrucciones detalladas (6) para que se celebrara el matrimonio en secreto, antes que nadie pudiera concebir sospechas; pero hubo de añadir de su puño y letra en el despacho oficial: Tendreis cuidado de avisarme punto por punto lo que pase sin llegar á una conclusión. Hé aquí un ejemplo de los procedimientos que empleó para hacer durar cerca de cuatro años estos preliminares (7).

Es interesante observar, en medio de las ilusiones en que se mantiene á María Estuardo, su repulsión al casamiento con el archiduque (8): su instinto de raza noble y delicada le inspiraba repugnancia á hombre nacido en Alemania (9). La reina de Inglaterra no sentía estas repugnancias, ó á lo ménos fingía aceptar con gusto al archiduque Carlos, aunque también procuraba le fuera presentado con igual título el príncipe de España. Pero atrayéndolos á ambos á dos al empeño, parece ser que nunca tuvo otra mira sino apartarlos de su rival. Habíale cobrado odio al embajador español Don Alvaro de la Quadra, obispo de Aquila, y reclamaba su remoción. Fomenta, decía, las turbulencias del reino (10), lo que revela el arte con que el prelado español había comprendido los intereses de María Estuardo. Murió en Londres, y fué sustituido (11) por Don Diego de Guzman de Silva, que al ir á tomar posesión, hubo de pasar por París y Bruselas á fin de ponerse de acuerdo con Don Francés de Alava y el cardenal Granvela.

(6) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 447 y 460.

(7) Hasta enero de 1565 no renunció María Estuardo á la mano de Don Carlos. Labonoff, tom. I, pág. 248, María á la duquesa de Arschott.

(8) «Poca gana.» El rey al obispo de Aquila, *Doc. inéd.*, t. XXVI, pág. 447.

(9) *Ibid.*, pág. 452. El obispo de Aquila al conde de Luna.

(10) *Real Acad.*, tom. VII, pág. 296 á 302.

(11) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 483. Muere el 24 agosto 1563, y es sustituido el 19 enero 1564.

Este cambio estrechó al parecer súbitamente los lazos con Inglaterra: Silva era conocido por su gracia y donaire con las damas en las cosas de pasatiempo (1) y diversion; y fué el pretexto de una reconciliación. Estoy obligado á servir á vuestro rey, le dijo Leicester en cuanto desembarcó. La reina le hizo sentarse á su lado, delante de sus comediantes, le explicó ella misma el argumento de la comedia que se representaba, y despues, interrumpiéndose con fingido pudor, acercó el rostro y le dijo:—En todas las comedias se habla sólo de casamiento. ¿Y vuestro príncipe, se casa? Ha de estar ya crecido ¿eh?—Sí, contestó Silva.—Todos me desdeñan, repuso la reina suspirando (2). Silva refiere luégo que cuando comenzaba á desviarla de una alianza con Francia, se cogió ella de su brazo y le dijo: No confiemos en esa gente; pero seamos nosotros buenos amigos.

Decidida á recobrar la amistad de Felipe, á fin de apartarlo mejor de Escocia, donde hubiera sido un vecino peligroso, fué poco escrupulosa en la elección de los medios de seducción. No vaciló en ofrecer á Silva otra comedia haciéndole apreciar sus mistificaciones de catolicismo durante los días de Semana Santa, lavándoles los piés á unas pobres mujeres, besándoles las cruces que hacía en ellos y diciendo luégo al español (3): «No diferimos sino en cosas de poca importancia; ya lo vereis. He tenido que pasar en el principio de mi reinado por cosas que me son repugnantes por acomodarme á las circunstancias; pero Dios ve el interior de los corazones; pienso mandar poner cruces en todas las iglesias.»

Silva no creyó ni en la ortodoxia secreta de la reina ni en su intencion de unirse con el archiduque. «Todo son palabras y ardides de esta gente, decía; yo tengo por cierto que el conde de Leicester está ya casado con la reina en secreto» (4).

X.—La entrevista de Bayona

La reina de Inglaterra pudo creer por un momento que estas coqueterías servirían para despertar los antiguos proyectos de Felipe y poder contarle otra vez entre sus pretendientes, como quiera que había recibido la noticia de que la jóven reina de España estaba moribun-

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 365, Armenteros al rey: «Tiene tambien gracia y donaire con las damas en las cosas de pasatiempo y entretenimiento.»

(2) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 507.

(3) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 539.

(4) Ms. Archs. nac., R. 1505, pieza 34.

da. «Al darle un acceso de fiebre, escribe su embajador en Madrid (5), la sangró el médico español, contra la opinion del médico italiano, y al día siguiente abortó dos niñas, despues de tres meses de embarazo; entró luégo en delirio y cayó despues en letargo. A los catorce días de enfermedad declararon sus médicos que no se salvaria: no habla, tiene la boca contraída hasta la oreja y paralizado el brazo derecho.» En los mismos términos participa el embajador de Francia á Catalina los progresos de la enfermedad: refiere que miéntras estaba «en buena opinion de estar embarazada habia tenido con frecuencia náuseas y vómitos (6), pero que habiéndole sobrevenido un dolor de cabeza semejante á la jaqueca y alguna dificultad de vientre hubieron de sangrarla dos días seguidos, lo que la puso (7) en tal extremo de su vómito y de su dolor de cabeza y de la purgacion que le habia venido, no sin opinion de haber abortado dos hijas, con grandes dolores y esfuerzos, que habiéndola sangrado otra vez los médicos, y la tercera del pié en agua, y la cuarta en lo alto de la frente, y ventosas una infinidad de veces,» acabó por quedar insensible de puro extenuada. «Los médicos le han sacado aún dos veces sangre, dice el embajador veneciano: no saben más remedio que éste para todas las dolencias» (8), y rehusan emplear los medicamentos enviados de Francia por Catalina: «han despreciado la mayor parte de ellos, como grandes asnos que son, sin tener más que presuncion y arrogancia» (9).

Estos detalles son necesarios: no sólo están justificados por el interés que inspira esta delicada princesa, metida ántes de su pubertad entre la rigidez de aquella etiqueta y las implacables extravagancias de aquellas preocupaciones; sino porque hacen comprender tambien cómo morían prematuramente las mujeres de Felipe, cómo van á morir los hijos, y cómo los que no mueren están faltos de juicio ó enfermos. Cuanto más multiplica este rey sus matrimonios, tanto más aumenta el número de sepulcros en el panteon real. Aquella vida lúgubre, ceremoniosa, sin alegría, sin aire, extingue la familia por la muerte ó por la demencia. Todos estaban sujetos á reglas inflexibles, y podía decirse de cada uno de ellos lo que más tarde del

(5) Ms. Rec. of. n.º 635, Challoner to the queen, 27 agosto 1564.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 107.

(7) *Ibid.* n.º 3163, fol. 1.º

(8) Carta de Soranzo, extr. de Gachard, *Felipe II y Don Carlos*, página 90.

(9) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fol. 390.

rey Felipe III (1): «Sus actos y ocupaciones son siempre los mismos y van á paso tan igual que día á día sabe lo que hará toda su vida. Al levantarse, segun el día que es, sabe ya qué negocios ha de tratar ó qué deleites ha de gustar.» Era menester que la misma Catalina interviniera para obtener de la camarera mayor que la jóven reina pudiera «hacer ejercicio, porque esta gente no quisiera que diera un paso, sino en litera, ó llevada en una silla, y sin embargo, Su Majestad querria andar moderadamente por el palacio ó por el jardín» (2). ¡Si á lo ménos pudiera respirar un poco el aire libre!... escribia Catalina, que estaba acostumbrada á las alegres cabalgatas por los bosques (3). Despues, cuando supo que habia entrado en convalecencia, despues de una nueva purga «de agárico que le produjo hasta treinta y dos ó treinta y tres cámaras» (4), ofreció enviar dos mujeres muy experimentadas, como quiera que, segun ella, provenia la enfermedad de no haber sido auxiliada, segun convenia, cuando abortó (5). La opinion general era que la curacion era milagrosa: la jóven princesa era tan simpática á los españoles que multiplicaron sus procesiones y peregrinaciones «siendo éstas, más bien que los médicos, causa de la curacion» (6).

Su madre procuró utilizar las emociones de esta enfermedad para aparecer en buen acuerdo con su yerno. Recorria á Francia, se detenia en las principales ciudades (7), y procuraba robustecer su autoridad; pero sentia la necesidad de prevalerse de la benevolencia del rey de España á los ojos de los católicos exaltados y de los príncipes vecinos que no abandonaban sus deseos de usurpacion. Francia, decia el duque de Saboya, está postrada y cae en descomposicion; el rey de España no tiene más que decir una palabra para que me haga restituir á Pignerol y Savignan (8). Era pues indispensable simular una completa inteligencia con España para conjurar estos peligros. Catalina se empeñó en decidir á su yerno á que hiciese un viaje á Francia, donde los festejos de una solemne entrevista pudieran hacer creer en una alianza sincera.

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 24195. *Viaje de los holandeses*.

(2) *Ibid.* n.º 10751, fol. 788.

(3) Ms. Arch. nac. K, 1505, pieza 4 del legajo primero.

(4) Cartas de Saint Sulpice y de Challoner. Véase tambien Gachard, *Felipe II y Don Carlos*, pág. 148.

(5) *Ibid.* Este ofrecimiento fué repetido despues. Catalina creyó útil añadir: «Estas dos mujeres me han servido á mí y son buenas católicas.» (K. 1501, pieza 15.)

(6) Brantome.

(7) Este viaje comienza el 13 de marzo de 1564.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 43. «Vista la defuentera y trabajos...»

Estos preliminares duraron muchos meses. Felipe escuchaba las largas peroraciones del embajador sin manifestar cansancio ni expresar adhesion ni desacuerdo. Tiene una paciencia extraordinaria, escribia por aquella época el enviado inglés (9), para escuchar lo que se le dice; toma notas, recibe con benevolencia las memorias y documentos que se le presentan; pero ni su actitud ni sus palabras permiten en ningun momento, ni aún cuando está poseido de enojo ó júbilo, observar un cambio en su calma acostumbrada. A su lentitud natural en tomar una determinacion, uníase la costumbre de consagrar á los ejercicios religiosos, no sólo todas las mañanas («aquí no se trabaja por la mañana» (10), sino tambien más de veinte días enteros cada año, con lo cual retrasaba todos los negocios y aburría á los extranjeros que tenian alguno pendiente con él. En el momento en que Catalina le instaba más para obtener de él la entrevista, se puso en camino para el monasterio de la Esperanza á fin de pasar en él las fiestas de Navidad, y no volvió á la corte, retenido por el mal tiempo, hasta el 20 de enero siguiente (11), dejando en suspenso la gobernacion de sus estados durante este período. Estaba decidido desde el primer momento á no moverse para jugar en persona esta partida con Catalina, pero no perdía de vista las ventajas de una entrevista con ella: creíala muy capaz, si se acentuaba la lucha, de estimular las turbulencias de Flandes y aún de abastecer las flotas del Gran Turco. Con esto se decidió á enviar á Francia á su esposa Isabel para que atrajera á su política el ánimo de Catalina, merced á las expansiones del cariño filial. Aparte de esto, sus corresponsales habituales de Guyena le instaban á que intentara este pacto de familia (12). Cesó pues de exigir un programa trazado de antemano sobre las cuestiones que habian de tratarse en la entrevista (13) y avisó á Montluc *su primo* que, siguiendo sus consejos, consentia en el viaje de su esposa á Bayona, donde encontraría á su madre, y lo inducía á acompañar á Catalina, porque encontraría al lado de la

(9) Ms. Rec. of. n.º 466, Challoner to the queen, 9 junio 1564: «Hardly shall a stranger by his countenance or words gather at any great alteration of mind either to anger or rejoicement but after the fashion of a certain still flood.»

(10) Ms. Bibl. nac. franc. 10751, pág. 76.

(11) Ms. Bibl. nac. franc. 3163, fol. 47. Ausencia desde el 20 de diciembre de 1564 hasta el 20 de enero de 1565.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1505, piezas 25 y 30.

(13) *Ibid.* K. 1501, pieza 50. «Enviar a dezir claramente qué son estas cosas que en estas vistas avian de tratar para que el rey pueda pesarlas.»

reina católica un personaje con quien poder comunicar, hablar libremente y discutir lo conveniente al bien de la religion (1).

Un singular contratiempo comprometió este acuerdo tan lentamente alcanzado. En efecto, en aquel mismo momento desembarca en Marsella un embajador turco que viene á pretender que Francia garantice la seguridad en sus puertos de las flotas otomanas que en guerra con todas las otras potencias cristianas del Mediterráneo sitian en Malta á los caballeros de San Juan, é invoca la antigua alianza entre las dos coronas (2). ¿Puedo dar fe á semejante horror? exclama Don Francés de Alava presentándose á Catalina. ¡Va á recibir vuestro hijo á un embajador turco! ¡En el momento en que os prepara Dios en Bayona los más preciosos favores, vais á abrir en esta misma ciudad una puerta para que entre ese embajador de Satanás, enviado por el infierno para aniquilar los beneficios que Dios os destinaba!... Viendo Catalina descubierto su secreto, se turba hasta tolerar estas palabras que confunden con la proteccion de Dios la alianza de Felipe II; toma de la mano al embajador, lo aparta de los testigos de esta escena, y no sabiendo qué decir ni cómo ocultar su turbacion, exclama de pronto: Satánico embajador, sabed que unos navíos turcos acaban de cautivar cuatrocientos súbditos míos en las costas de Provenza. Despues insiste en esta nueva imaginaria, improvisa, refiere los pormenores, y no atreviéndose á negar la aproximacion del turco, afirma que sólo verá al general de las galeras; pero con la ayuda de Dios, añade, esto no impedirá la entrevista. Y así diciendo, rompe á llorar.—«Aquí le saltaron las lágrimas de los ojos, escribe Alava; y cierto, aunque ella las da fácilmente, concócle dolor y la dixé que Vuestra Majestad se escandalizaria; pues ¿cómo no se ha de escandalizar el rey y reyna mys señores y toda la christiandad que en esta sazón oyais al embaxador del turco, cabeza de los infieles y quizá á tiempo questá su armada batiendo alguna de las tierras del rey mi señor?»

Hacia dos meses que Isabel estaba en camino en el momento de esta escena (3). Había

(1) Ms. Arch. nac. K. 1505, piezas 29 y 30. «Que con la reyna mi mujer yrá persona con quien él podrá comunicar y hablar libremente y avisarle de lo que conviene al bien...»

(2) *Ibid.* K. 1503, núms. 106. D. Francés al rey, 28 mayo 1565. «El turco envía un embaxador á pedir libres y seguros los puertos, vituallas y municiones como siempre conforme á la amistad que con esta corona ha tenido.»

(3) El viaje dura desde el 8 de abril hasta el 14 de junio, fecha de a entrada en Bayona. Cabrera, tom. I, pág. 423.

partido el 8 de abril y no pudo llegar á la frontera francesa hasta primeros de junio: tan difíciles eran entónces las comunicaciones en España. Su madre fué á recibirla á San Juan de Luz (4) y la condujo á Bayona, adonde hicieron juntas su entrada solemne. La reina de España venía en una hacanea con riquísimos arneses bordados y guarnecidos de perlas (5), y seguida de unas veinte damas francesas todas. «No venía más que una española, Doña Magdalena Giron, escribe con malevolencia el embajador inglés (6). Creo que se ha querido, sobre todo, evitar la humillacion de presentar á la famosa corte de Francia la triste compañía de las que se dejaron atrás; entre todas ellas, sólo era bella Doña Magdalena Giron.» Esta es también la opinion de Brantome; pero más bien debe creerse que los españoles conservaban aún la usanza moruna de no querer que viajaran sus mujeres, á fin de no iniciarlas en las costumbres de los países vecinos y que les prohibieron el viaje á Bayona, como ántes el de Lóndres.

El duque de Alba era el político que Felipe había elegido para hacer frente á Catalina, y por él son conocidos los menores sucesos y accidentes de aquellas jornadas. Da, en efecto, cuenta todas las noches al rey de todo lo que oye y ve, con tal y tanta fidelidad, que, leyendo sus páginas, nos hace penetrar en su misma vida.

Uno de los primeros que desde San Juan de Luz vienen á caracolear á su alrededor es Montluc. Mi primera palabra al abrazarlo, porque lo he abrazado, dice el de Alba, ha sido para abrirme el camino de su vanidad. Vos sois el autor de todo este ruido, le he dicho al oído, y de la reunion de estas princesas y de este júbilo. Despues refiere el duque las palabras de Montluc.—Si todos hubieran hecho lo que yo en estas últimas guerras, esto es, si no hubieran dejado hombre con vida, estaríamos tranquilos hoy; pero se daban las manos, se llamaban primos y hasta hermanos... Lo único conveniente es hacer una guerra sin cuartel á la canalla; yo os daré una nota si me prometéis secreto. Supongo que leéis el francés; ¿eh? Pero que no sepa nadie que os he dado yo una nota (7). El cardenal de Borbon es sin duda un buen católico, pero no se cura sino de tener contenta á la reina.—

(4) Ms. Arch. nac. K. 1504, pieza 14, Antonio Perez á Gonzalo Perez.

(5) Brantome.

(6) Ms. Rec. of., 1168. William Phayre to Cecil, 12 mayo 1565.

(7) Esta nota existe: es de junio de 1565, y figura en Arch. nac. K. 1503, pieza 14.

Al recibir esta nota, al escuchar las bajas confidencias de los demás jefes católicos, el español debió de mirarnos con desprecio. Acaso no vió más que instrumentos que se podían utilizar: de ello habla sin repugnancia.—El duque de Montpensier ha venido á echarse en mis brazos de la manera más delicada, diciéndome que él, como todos los hombres de bien de este reino, sólo en Vuestra Majestad pone sus esperanzas; que por V. M. se dejaria hacer pedazos y que si le abrieran el corazón, se leería en él el nombre de Vuestra Majestad.—Bourdillon, Si-pierre, todos nuestros veteranos acuden á su alrededor. Con Catalina tiene una explicacion sobre el malhadado turco, obligándola á confesar que lo ha recibido y que Carlos IX ha hablado con él. «Mal hecho, dice ella misma; pero yo no puedo abandonar á mis aliados, siquiera sean perversos. Fuera de esto, no hemos de tratar nada hasta concertarnos con vos.» Habla luego el duque de Alba de comenzar por cortar las cabezas de algunos, para que todo sea despues más sencillo...—Dejemos para mástarde los negocios, interrumpe Catalina: dejad que me entregue ahora íntegramente á mi ternura.

El día siguiente se va derecha á su hija.—Sé, le dice, que tu marido tiene gran desconfianza de mí y de tu hermano: con estos comienzos luego se llega á la guerra. ¿Qué sería de nosotros, querida hija mia, si nuestros pueblos vienen á las manos? Se acabaron las cartas, se acabaron las expansiones, se acabaron las protestas de amor tan caras de una hija como la mia.—Nunca ha tenido mi esposo tal pensamiento, contesta secamente Isabel: se le han atribuido por vuestros mismos consejeros que no inspiran jamás pensamientos honrados.—Te has vuelto, hija mia, muy española.—Es mi deber; pero soy siempre vuestra hija, la misma que cuando me enviasteis á España.

Esta idea de guerra lanzada como sin intencion desde el principio, es cogida al vuelo por el duque de Alba como un pretexto para justificar su presencia en los demás coloquios entre madre é hija. Catalina lo acoge con fingido agrado, lo marea con mil proyectos, lo abrumba con la relacion de lo que ha obtenido para la defensa de la religion, y quiere hacerle comprender los beneficios de su sistema de tolerancia.—El rey, contesta el de Alba, no puede admitir que dejes herejes en Francia: si los consiente en vuestro reino, luego los tendrá en el suyo y ántes que reinar sobre herejes preferirá perder la corona y la vida.—Es la primera vez que se

formula este pensamiento, y las palabras del duque hubieron de ser muy del agrado de Felipe, porque las recogió de la carta de su enviado y, como veremos, las repite en adelante muchas veces. Pero expresaban un arrebató de fe que no podía comprender Catalina, y se limita á preguntar con dulzura el camino que debe seguir, los consejos que el mismo duque daría á Felipe, si se hallara en su situacion.—Nadie mejor que vos sabe lo que conviene hacer, contesta el de Alba, que teme que se le tienda un lazo. Catalina toma otra vez la palabra y se extiende largamente hablando de los favores que ha hecho á los católicos y de los progresos que les asegura la consolidacion de su autoridad.—O me inducís á error, interrumpe el duque, ú os haceis extrañas ilusiones. La religion no puede salvarse en Francia, sino por medio de una íntima union con el rey de España.—Añadamos al emperador.—Si el emperador entra en esta liga, contesta desconcertado el de Alba, sublevaríamos á todos los herejes de Alemania.—Basta de negocios por hoy, concluye Catalina; mañana continuaremos la discusion con el cardenal de Borbon y el condestable, que me acompañarán.

Al leer este pasaje de la carta de su enviado, hubo de saltar de la silla Felipe II, y aún se ven estas palabras trazadas al márgen con violenta mano: Mal negocio, si la acompañan estos. La reina, segun sus prácticas se burla del duque.—Y más abajo, enfrente del pasaje en que el duque dice que acaba de comunicar al condestable su coloquio con la reina, añade Felipe: No me place esto más.

Era una imprudencia, en efecto, introducir en el secreto de estos manejos personajes extraños á las maquinaciones de Montluc y demás católicos de Guyena. Las instrucciones del duque de Alba estaban conformes con las de Bardaxi, y se habían discutido ante Felipe en un consejo de gabinete, cuya reseña poseemos (1).—El primer punto es separarse de la reina madre, que carece de fijeza de ideas ó de rectitud de intencion: hay que alentar los manejos de Montluc y de los católicos. La reina de España embargará la atencion de su madre y disfrazará los proyectos, y aquí está la utilidad de la entrevista de Bayona. Ni los herejes ni el Papa podrán concebir sospechas.—Es decir, que Catalina debía entregarse á los que mantenían relaciones secretas con España desde dos años

Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 25.